



VV. AA., *Verbas atlánticas. Poesía inglesa, escocesa e irlandesa traducida por Plácido Castro*, ed. Laura Linares Fernández, Cambados, Fundación Plácido Castro, 2016, 305 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.22.2020.479-484>

Plácido Castro (Corcubión, A Coruña, 1902–Cambados, Pontevedra, 1967) es uno de esos hitos de la historia de Galicia que, a pesar de estar injustamente olvidado, ha dejado para el futuro, para todos nosotros, una obra imprescindible para comprender la personalidad de Galicia. Recordarlo y recuperar su figura es por eso un acto de justicia al que dedica sus esfuerzos la Fundación Plácido Castro, que publica este libro en el que se recoge la poesía inglesa, escocesa e irlandesa traducida por Plácido Castro. Esta minuciosa edición corre a cargo de la investigadora Laura Linares Fernández, actualmente profesora del University College Cork.

El perfil biográfico con el que se abre el libro señala las etapas más relevantes de la vida de Plácido Castro, que determinan su querencia por las culturas y las literaturas de las islas británicas: pasó una buena parte de su infancia y juventud en Escocia, donde adquirió un notable dominio de la lengua inglesa y pudo conocer de primera mano la situación política y social de las islas.

Plácido Castro empieza a publicar sus traducciones hacia el final de los años veinte del siglo pasado, época en la que Irlanda acababa de conseguir su independencia y momento también en el que el celtismo era bandera de las reivindicaciones políticas de buena parte de la intelectualidad gallega. Comienza por eso Plácido su labor traductora con autores angloirlandeses, principalmente con William B. Yeats, de quien publica en 1935 *Dous dramas populares*, traducidos junto con los hermanos Ramón y Antón Villar Ponte. Al mismo tiempo comienzan a plasmarse en diferentes trabajos sus críticas comparadas de diversos autores gallegos con poetas del mundo *céltico*, especialmente de Irlanda y de Escocia. Estas reflexiones tendrán su mayor exponente en el tratado *La saudade y el arte en los pueblos célticos* (1928). Lo interesante de estos trabajos comparativos es que, para establecer las comparaciones y hacerlas comprensibles para sus lectores, Plácido traduce al gallego los textos ingleses.

Corriendo el tiempo, en 1946 Plácido Castro gana, *ex aequo* junto a otras dos grandes figuras de la historia de la traducción en Galicia (Lois

Tobío y Florencio Manuel Delgado Gurriarán), un certamen literario convocado por la Federación de Sociedades Galegas de Argentina. En 1949 se publican las tres antologías ganadoras en el libro *Poesía inglesa e francesa vertida ao galego*. Los textos traducidos por Plácido Castro, recogidos también en el volumen que nos ocupa, nos presentan una cuidada selección de los mejores poetas contemporáneos en lengua inglesa: Christina Rossetti, Ernest Dowson, Thomas Hardy, George Russell, Alfred E. Housman, William B. Yeats, William Henry Davies, Walter de la Mare, John E. Masefield y Padraic Colum; un total de veinticuatro poemas, varios de los cuales reaparecerán, revisados, en sus trabajos posteriores. Se trata de una muestra heterogénea de la poesía inglesa, pero los textos y autores seleccionados comparten una actitud estética que los sitúa en torno a un sentimiento básico que es la *saudade*, como todos los autores traducidos por Plácido a lo largo de su vida. Para Castro la traducción es una de las formas posibles de cultivar, recuperar y revalorizar este sentimiento que define al espíritu gallego y lo identifica como celta. Encontramos así la *saudade* de la belleza, del paso del tiempo, del amor y de la muerte, que, en definitiva, se resumen en la *saudade* de lo imposible, pues la belleza es efímera; el tiempo, implacable; el amor, caduco y la muerte, una incógnita. Leemos en Thomas Hardy, por ejemplo, el dolor que provoca la belleza que se marchita en el poema «No meu espello miro...» (p. 97):

No meu espello miro
 E vexo a murcha pel,
 «Quixera Deus que o corazón», me digo,
 «Se encollese tamén!»
 Entón non sofrería
 Por afectos xa fríos,
 I-ecuánime, senlleiro, agardaría
 O repouso infinito.

En «Inmortalidade», George Russell (p. 39) presenta el intento vano de superar la muerte:

Como o fume temos de esvaírmos, ou vivir do esprito no fogo
 pois nin nós, nin o fume, podemos voltar para a chama,
 si a vontade en arela se troca, si se troca o pensar en ensoño,
 como fume nos esvairamos, ben que o fogo arda.
 Compasión infinita que estrelas os crepúsculos de hoxe, cincentos,

de certo que en ti mora a i-alma, o espírito inmortal,
 ou vivimos no fogo do amor, ou por moitos camiños iremos,
 por camiños do ensoño, que á morte nos han de levar.

La naturaleza se muestra siempre como un elemento que se compadece, que comparte los sentimientos del poeta, que los reproduce y los potencia: es una naturaleza *saudosa* también, melancólica, gris, fantasmagórica a veces, como la que describe Walter de la Mare en «Outono» (p. 113)

Hai un vento alí ond' a rosa estaba;
 fría choiva, onde herba tenra estaba;
 e nubes, cal carneiros
 percorren os cincentos
 ceos pendentos, ond' a laberca estaba.
 Nada de ouro onde o cabelo teu estaba;
 nada quente, ond' a tua man estaba;
 mais, espectro, esquecido,
 debaixo do espiño,
 teu fantasma onde o teu rostro estaba.

En cuanto a los aspectos técnicos de la traducción, Plácido Castro demuestra en todas las versiones su dominio del léxico, de la métrica y de la rima, pero también, y sobre todo, una especial sensibilidad que le permite captar y rexpresar en gallego la voz poética y el tono del original.

Mención especial merecen las traducciones que presenta de Christina Rossetti, ya que es una autora recurrente a lo largo de toda su vida y a ella le dedica numerosas traducciones y estudios. En la radical angustia de la poetisa inglesa ve Plácido un alma gemela de Rosalía de Castro. Uno de los poemas más representativos de Christina Rossetti, y también de los más repetidos en las traducciones de Plácido Castro, es el titulado «Meu amor, cando eu morra» («When I am dead, my dearest») (p. 167). Entre la primera versión de 1949 y las sucesivas, hasta llegar a la recogida en la presente antología, de 1964, hay pequeñas pero significativas diferencias que afectan sobre todo a la métrica de la composición. Por lo que podemos deducir del análisis de las distintas versiones de varios poemas traducidos por Plácido, la métrica de la pieza fue siempre una de sus principales preocupaciones: la consecución de una estructura acentual cadenciosa y armoniosa que marque el tono de cada poema.

El pensamiento de Plácido Castro sobre la traducción, lo que podríamos llamar su particular teoría de la traducción literaria, se encuentra repartido a lo largo de toda su producción ensayística y literaria y es raro el escrito relacionado con la literatura o la cultura en general en el que no encontremos alguna referencia a su labor traductora o alguna pequeña poesía vertida al gallego. De hecho, la poesía es el género literario preferido de nuestro corcubiónés porque es, en sus palabras, la voz que recoge la tradición del pasado y de la tierra, porque posee una transcendencia que la convierte en nexo de unión entre el pasado y el futuro, porque compendia todos los saberes, sentimientos y experiencias del pueblo y porque es, en definitiva, el instrumento básico que cada pueblo tiene para construir su propia identidad.

El texto en el que Plácido Castro nos deja más y mejor detallada su concepción de la traducción poética es la introducción a las *Rubáiyát* del poeta persa Omar Kháyyám (1048-1131), recogidas también en esta antología aunque propiamente no sean poesía inglesa, escocesa ni irlandesa. Plácido traduce a partir de la versión inglesa de 1859 de Edward Fitzgerald, lo que explica su presencia en este volumen. Junto con las versiones inglesa y gallega, la editora nos ofrece también el detallado estudio introductorio realizado por Plácido Castro para la edición de 1965. En él se nos dice que el traductor debe conservar siempre una cierta semejanza formal con respecto al original, reproduciendo no solo las estrofas sino también en muchas ocasiones la rima del texto fuente. Esto no quiere decir que se deba someter siempre a la literalidad, ni de forma ni mucho menos de contenido, ya que lo que se procura es transmitir el sentimiento que se percibe en los textos. Plácido admite la necesidad de introducir en sus traducciones pequeñas omisiones y ligeros cambios que permitan acomodar contenido y forma en el texto gallego, pero sin caer en versiones demasiado libres ni en el léxico ni en el significado del texto original. En cuanto a las pérdidas de matices (o de brillo y elegancia, para emplear sus propias palabras) que siempre se producen en el paso de un texto poético de una lengua a otra, recurre a la compensación de efectos por medio de los recursos expresivos de la lengua de llegada. Por otra parte, en las *rubáiyát* emplea elementos extranjerizantes, principalmente de índole ortográfica y léxica, para contribuir a crear el ambiente misterioso, distante y profundamente sensual que domina el original.

Las *rubáiyát* constituyen la cumbre de la obra traductora de Plácido Castro, el texto en el que mejor demuestra su dominio de la técnica poética; la composición formal de las estrofas gallegas mantiene a la perfección el esquema rítmico del texto inglés, integrándolo en hermosa armonía con la

sintaxis gallega. Dos son sin duda los motivos que llevaron a Plácido a traducir este texto. En primer lugar, su carácter de obra innovadora y transgresora que la situaba en la vanguardia estética y situaba también a la lengua y a la literatura gallegas en contacto directo con la mejor literatura contemporánea. En segundo lugar, no podemos dejar de mencionar la constante presencia de la *saudade* a lo largo de las setenta y cinco cuartetas que componen el texto. Y se trata además de los tipos de *saudade* que Plácido identifica como definitorios de los pueblos celtas: *saudade* de la belleza, del paso del tiempo, de la muerte y *saudade* por la imposibilidad de controlar la propia vida frente al fatídico destino que nos aguarda. Comprobémoslo en las estrofas iniciales:

I

Despertai! que a Mañán xa lanzou a súa Pedra
na cunca desta Noite, i escorrenta as Estrelas:
e o Cazador do Leste, no seu Lazo de Luz,
á Torre do Sultán ten feito Prisioneira.

II

Cando no Ceo estaba do Abrente á Man Esquerda,
en Soños escoitei que unha Voz na Taberna
clamaba: “Despertade, i enchede a Copa,
Nenos, denantes que se esgote o Licor da Eisistencia!”.

III

E co Cantar do Galo, os que estaban fóra
da Taberna berraron– “¡Abride entón a Porta!
Ben sabedes o curta que vai ser a nosa
Estada, e que unha vez partido ninguén eiquí retorna.

Pero las *rubáiyát* son también un canto dionisiaco que nos invita a gozar de la vida presente, de su belleza y de sus placeres mientras podamos, porque son breves y efímeros; porque nuestro destino es hacer crecer la hierba de los jardines que otros pisarán en el futuro. Es por eso un texto desbordante de sensualidad, de colorido, que nos presenta una naturaleza exuberante en

la que las personas gozan de los placeres terrenales. En esta exaltación del goce de vivir, en la que el vino tiene un papel protagonista como símbolo de las bondades de la vida, hay también lugar para el humor y la ironía:

XL

Ben sabedes, Amigos, que no meu Lar, hai tempo
celebrei cunha Troula meu novo Casamento:
cando a Filla da Uva tomei por miña Esposa,
e a Razón, vella i erma, divorciei do meu Leito.

Verbas atlánticas es, por lo tanto, un libro fundamental para recuperar la figura del Plácido Castro traductor, pero también la del humanista estudioso de la cultura angloirlandesa y la del pensador que reflexiona sobre el arte, la saudade, el sentido de la vida y la muerte.

ALBERTO ÁLVAREZ LUGRÍS
Universidade de Vigo
alugris@uvigo.gal